

marido; en fin, que es rica y libre para amar á su primo Don Leonel ó á quien mejor le parezca.

—¿Y quién la buscará para decirle todo eso? porque esa dama no creo que pueda recibir la noticia de lo que ha pasado esta noche sin horrorizarse—dijo Don César;—lo que ha sido para nosotros un grande acto de justicia, es seguro que ante sus ojos no pasará de un asesinato bárbaro, que quizá se crea con obligacion de denunciarlo á la justicia tratándose de su marido.

—Es verdad—dijo Teodoro.

—Y es además ponerla en un caso terrible de conciencia—agregó Martin.

—Que nos reprobaria en lugar de agradecerémoslo—dijo Teodoro.

—Entonces ¿qué pensais?—preguntó Martin á Don César.

—Escuchadme—contestó Don César:—esos cuatro muertos, porque Don Alonso y el otro cuando mas serán cadáveres mañana, deben descubrirse muy pronto, quizá antes de tres dias; entonces vos ireis á buscar á Doña Esperanza y le direis cuanto se os ocurra sobre haberla buscado, y no mas, y entonces podreis ayudarla en todo.

—Pero si no se descubren los cadáveres, si Doña Esperanza queda en esa posicion incierta sin saber si es viuda ó casada, sin poder probar ante los tribunales su verdadero estado, entonces la habremos hecho mas desgraciada.

—En efecto—dijo Don César;—en tal caso, lo que se debe hacer es cerciorarse mañana si ya han muerto Don Alonso y el otro, y si esto ha sucedido, entonces mañana mismo se hace llegar la noticia á conocimiento de algun alcalde, y todo se asentará mañana mismo, antes de que los rostros de los muertos se desfiguren y cueste mas trabajo reconocerlos.

—Muy bien—contestó Martin;—yo me encargo de ir á

XXXVII.

Se ve lo que determinaron ó hicieron Martin, Don César y Teodoro.

CUANDO Don César y sus compañeros llegaron á la casa de Teodoro, era pasada ya con mucho la media noche.

Sin embargo, en la casa esperaban, porque llamaron apenas, cuando se abrió la puerta y encontraron luces, como si fueran las nueve ó las diez.

Se entraron los tres á una estancia y allí se encerraron.

—Por este lado—dijo Teodoro—creo que hemos hecho ya lo bastante.

—Y mas de lo que esperábamos—replicó Don César;—Martin dijo que era la noche de la justicia, y lo ha sido.

—Pero aun falta algo—dijo Martin.

—¿Qué?

—Sabemos en donde está Doña Esperanza, la hemos libertado de sus tiranos y de sus enemigos; pero ella no lo sabe, y es preciso comunicárselo, verla, decirle que está libre, que ya no existen sus perseguidores, que el hombre que la hizo su esposa por fuerza no reclamará ya sus derechos de

ver si esos dos lobos han dejado de existir, y vendré á avisarlo para que se proceda á lo demás.

Con esta resolucion cada uno se retiró á su aposento, y Martín no volvió aquella noche á su casa, sino que se quedó en la de Teodoro.

Toda la noche pensó en Doña Esperanza; casi la veia ya feliz y rica, pero tenia la idea de que era necesario para cortar las relaciones de Don Leonel con Doña Catalina, á las que él no daba una gran importancia, llevar á aquel el libro de las Memorias de Doña Juana, tanto para hacerle volver al amor de Esperanza, cuanto para evitar que por una desgracia se fuese á enamorar verdaderamente de su hermana.

Estas reflexiones tanto le afectaron, que casi sintió no haber llevado antes el libro á Don Leonel, y determinó llevarlo al siguiente dia, antes de ir á cerciorarse de si habian muerto Don Baltasar y Don Alonso.

Pensando en esto, como iba amaneciendo y estaba muy cansado, se quedó dormido profundamente.

Cuando Martin despertó era ya muy tarde, el sol estaba muy alto, y se oia ya el rumor de mucha gente que andaba por la calle.

—Sea por Dios!—dijo;—tanto pensé en lo que tenia que hacer temprano, que no lo hice, y á fe que he tenido sueños espantosos, y la vieja y Don Alonso, y Don Baltasar y el hombre que mató Teodoro, han bailado al derredor de mi cama toda la noche, haciéndome unos gestos horribles y echando lumbre por los ojos..... ¡y qué cosa tan fea es matar á un hombre, aunque sea con justicia!..... Estos eran unos pillos, que ya, ya, buena guerra hubieran dado si siguen viviendo..... en fin, me vestiré y vamos á ver lo que ha sucedido por allá.

Martin se vistió, y sin averiguar si Teodoro se habia levantado, salióse á la calle y se dirigió á su casa.

La muda le esperaba; Martin por señas le hizo comprender que Doña Esperanza estaba buena; luego se hizo servir el desayuno, y tomando el libro de las Memorias de Doña Juana de Carbajal, la emprendió para la casa de Don Leonel.

Subió sin que nadie le viera y llamó á la habitacion del jóven; un lacayo salió á verle y le dijo que aun no se levantaba su amo, porque estaba un poco enfermo.

Garatuza no creyó prudente volverse á salir con el libro, y dijo al lacayo:

—Como supongo que su señoría, si no está levantado, si por lo menos despierto, os ruego le lleveis esta caja inmediatamente, advirtiéndole que quien la trae volverá esta tarde.

El lacayo recibió la caja, hizo una reverencia y Garatuza se retiró.

Procurando recatarse, andando unas veces de prisa y otras despacio, pero caminando siempre en direccion del lugar de la escena de la noche anterior, Garatuza llegó á encontrarse fuera de la ciudad.

Miró por todos lados, y ni una persona se distinguia en una gran extension.

Confiado en esto, apretó el paso y llegó al fin de su camino.

Humeaban aún los restos de la casa; el fuego habia consumido los techos y las puertas, parte de las paredes habian caido y parte se conservaban humeadas y negras.

El cadáver de Guzman, ó habia sido consumido por las llamas, ó habia quedado sepultado bajo los escombros; pero no se descubria.

—Quizá no estaba bien muerto y se haya escapado—dijo Martin, y comenzó á levantar algunas piedras en el sitio en que suponía se hallase el cadáver.

Trabajó un rato, y de repente se detuvo; era que al levantar uno de aquellos escombros, habia descubierto una mano negra y crispada.

—¡Ave María Purísima!—dijo santiguándose—aquí está; vamos á ver á los otros.

—Lo que es esa—continuó señalando el sepulcro de Doña Catalina—ni que preguntar: veamos á aquellos.

Y se dirigió adonde habian quedado Don Alonso y Salmeron; apartó la maleza y casi se horrorizó de lo que veía.

Los dos habian ya espirado; pero aquellas dos cabezas que salian de la tierra, presentaban un espectáculo capaz de helar la sangre en las venas del hombre mas atrevido.

En los dos rostros se pintaba la muerte con los caracteres de la mas infernal desesperacion.

Don Alonso habia conseguido romper con los dientes la mordaza, que era de madera; pero quizá al conseguirlo, ó quizá en medio de su agonía, se habia trozado la lengua con los dientes, porque le colgaba fuera de la boca, negra y despedazada, y un charco de sangre se advertía en la tierra, debajo de su barba.

Don Baltasar tenia los ojos abiertos, casi saltados de las órbitas, vidriosos, amenazadores aún, y sus cabellos, blancos y escasos, estaban como erizados todavía.

Una infinidad de moscas de todas clases cubrian aquellas dos horribles figuras, y se levantaron como una nube al acercarse Garatuza, produciendo un rumor siniestro y triste.

Martin se acercó á examinar, y notó que antes de morir y quizá durante toda la noche, esos moscos de la laguna, cuyas picaduras son tan agudas y tan molestas, habian mar-

tirizado á aquellos infelices, aumentando así lo espantoso de su situacion, porque se notaba en todo el rostro de ambos el estrago que habia causado en ellos la multitud de aquellos animales.

—Vámonos—dijo Garatuza;—yo no puedo ver esto, y es preciso que la justicia venga pronto, porque si tarda, será imposible despues reconocer estos cadáveres.

Y sin esperar mas, y sin pensar que no habia descansado ni un instante, dió la vuelta á México á llevar noticia de todo á Teodoro y á Don César.

de su situación, porque se notaba en todo el rostro de los dos el estrago que había causado en ellos la multitud de

Y sin esperar más, y sin pensar que no había de ser en un instante, dió la vuelta á México á llevar noticias de todo á Teodoro y á Don César.

XXXVIII.

Cómo Don Leonel supo de Doña Esperanza, y lo que aconteció entonces.

Don Leonel estaba aún en la cama cuando el lacayo entró con la caja que le había entregado Martin.

—Señor—le dijo.

—¿Qué quieres?

—Un caballero ha buscado á su señoría.

—He dicho que no quiero ver á nadie.

—Se ha ido ya.

—¿Entonces?

—Me encargó que le entregue á su señoría esto.

—¿Qué es?

—Una caja.

—Déjala por ahí.

—Agregó que era urgente que la viera su señoría.

—Dámela.

El lacayo se acercó y entregó la caja á Don Leonel.

Apenas la vió el jóven, la reconoció.

—Está bien; retírate y abre antes la ventana.

El lacayo abrió la ventana y se retiró.

Don Leonel, temblando abrió la caja, sacó el libro y comenzó á leer con ansia.

Aquel manuscrito, que él debía haber conocido algunos meses antes, y que entonces le hubiera sido tan útil, en aquellos momentos no venia sino á aumentar su afliccion.

Pasaban las horas, y Don Leonel absorto, no advirtió que la puerta de su aposento se había abierto y que penetraba en él su hermano el Padre Salazar, el cual al verle tan entretenido, se llegó hasta el lecho y se detuvo á contemplarle sin interrumpir su lectura.

De repente Leonel alzó el rostro y miró á su hermano, se sonrió con él tristemente y le tendió la mano.

—Buenos dias, Leonel—dijo el Padre Alfonso:—¿te sientes mas tranquilo? Lo creo, porque te encuentro leyendo.

—¡Ay hermano! este libro es la historia de mi desgracia, porque encierra las Memorias de Doña Juana de Carbajal.

—¿Y qué has encontrado en él?

—La prueba evidente de que Catalina es hermana nuestra; es hija de nuestro padre.

—¿De manera que en eso no hay duda?

—No, hermano, y no podré decirte si es por fortuna ó por desgracia.

—Quizá sea por fortuna, y esto abra para tí las puertas de la felicidad y para Catalina las del cielo.

—¿Qué hay, pues, hermano mio? ¿qué hay? porque tú sabes que no puedo ser feliz cuando Esperanza es esposa de otro hombre.

—Grandes novedades han ocurrido hoy en el dia.

—Dime, dime.

—En primer lugar, te diré que tan luego como amaneció, mi padre se dirigió en busca de la madre de Catalina á

la casa de Don Pedro de Mejía; yo le acompañé, y nuestra pobre hermana se quedó en el aposento que le dispusimos anoche.

—¿Y qué hubo?

—En la casa de Mejía nos dijeron que no había nadie, que la madre de Catalina había salido desde la víspera con Don Alonso y su esposa.

—¡Su esposa! Dios mio! ¿y yo perdí esa joya? pero la ingrata, que se huyó de la casa de Martín para casarse con ese hombre! No, no debo pensar en ella.

—Mi padre quiso que fuésemos á buscar á esa señora á la casa de Don Alonso; llegamos allí, y nos dijeron que la esposa de Rivera no recibía á nadie, y que Don Alonso y Doña Catalina habían salido de la casa desde la víspera en la tarde y que nada se sabía de ellos.

—¿De manera—dijo Leonel—que Rivera no pasó la noche en su casa?

—No.

—¿No se sabe aún de él?

—No, ni de Doña Catalina.

—Vaya un misterio!

—Pues hay además una cosa horrible.

—¿Qué cosa?

—Ya de vuelta, encontramos un alcalde del crimen, acompañado de gentes de justicia y de mucho pueblo, que iban rumbo á la laguna; mi padre preguntó á un amigo que encontró entre los curiosos, lo que aquello significaba, y le contestó el otro que el alcalde había recibido un anónimo en que le decían que por aquel rumbo había cuatro cadáveres, y entre ellos el de una dama, que parecían de personas principales, cuyos cadáveres unos estaban enterrados y otros no; que el que hacía la denuncia los había visto, y no se

presentaba en persona porque no quería andar entre justicias.....

—¿Y crees.....

—Que quizá entre esos cadáveres estén el de Doña Catalina y el de Rivera.

—¿Pero por qué lo crees así?

—Por esa extraña desaparición.

—¿Y cómo sabremos?

—Muy fácilmente y muy pronto, porque mi padre en persona siguió al alcalde.

—¿Hace ya mucho de eso?

—Cosa de una hora, y no deben tardar, porque mi padre se fué en la carroza, é hizo montar en ella al alcalde y al escribano.

En este momento se oyó el ruido de un carruaje que penetraba en el patio.

—Ahí está—dijo Don Leonel comenzando á vestirse precipitadamente.

—Él debe ser—contestó el Padre Alfonso.

Dos minutos despues la puerta se abrió con violencia, y Don Nuño, pálido, desencajado, con el pelo erizado y casi sofocándose, penetró en la estancia y se arrojó en un sitial, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Qué teneis, padre mio?—dijo Don Leonel espantado.

—¡Oh!—exclamó Don Nuño como hablando consigo mismo—¡esto es horroroso, espantoso, increíble!

—¿Pero qué os pasa, señor?—preguntó el Padre Alfonso.

—¡Doña Catalina muerta, seguramente en medio de horribles tormentos, porque tenía los piés calcinados, y señales de cuerdas en las manos; Don Alonso de Rivera y Don Baltasar de Salmeron, enterrados vivos, segun se nota, hasta

la garganta, y un desconocido muerto en medio del incendio de una casa!

—Pero Rivera y Salmeron ¿salvaron?—dijo Leonel cediendo á un impulso de buen corazon.

—¡No! estaban muertos tambien.

—¡Qué horror!—exclamó el Padre.

—¿Y nada se sabe de los autores del crimen?

—Muy poco; parece que el hombre muerto entre las llamas de la casa, fué el que enterró á Don Alonso y á Salmeron, porque cerca de él habia algunos instrumentos de labranza llenos de lodo, y con yerbas de la misma clase que la que crece en el lugar en que fueron enterrados los infelices; además, él tenia el trage y las manos llenas de lodo, no estaba herido, y quizá el incendio de la casa en que estaba, seria providencial para castigar su crimen.

—¡Pero esto es espantoso!

—¡Horrible! ¿y quién seria ese hombre?

—Uno de los alguaciles dijo conocerle, y que es un famoso ladron, llamádose Guzman.

—¿Y Doña Esperanza sabrá esto?—dijo Don Leonel.

—Es probable, porque en este momento no se habla de otra cosa en toda la ciudad; todo el mundo está aterrorizado.

—¿Y Catalina?—dijo Don Nuño.

—Es preciso impedir que le den la noticia, así, de repente; seria bueno irla preparando—contestó el Padre Alfonso.

—¡Pobrecita! ¡cuán desgraciada es! yo me encargo de eso.

—Yo quisiera ver á Doña Esperanza—dijo Don Leonel.

—No lo creo prudente—contestó el Padre Alfonso;—iré yo, y le hablaré y procuraré calmar su dolor.

—Dices bien; pero vete pronto: en este momento está sola en el mundo.

—Voy, si lo creéis prudente, padre mio.

—Por supuesto—contestó Don Nuño;—anda, hijo mio, anda, y voy á consolar á mi hija.

El Padre y Don Nuño salieron, y Don Leonel quedó solo en su cuarto, acabando de leer las Memorias de Doña Juana Carbajal.

Cuando el Padre Alfonso llegaba cerca de la casa de Doña Esperanza, venia á lo lejos una gran multitud.

El Padre comprendió que traian allí los cadáveres, y se apresuró á entrar á la casa para impedir á Esperanza que atraida por la novedad, saliese á la ventana y mirase aquel espectáculo.

Un lacayo le detuvo en la puerta de la sala.

—¿Qué mandaba su merced, Padre?—preguntó.

—Deseo hablar con la señora.

—No quiere recibir, Padre.

—Es preciso que le avises siempre.

El respeto al clero era en aquellos tiempos tan grande, que el hombre no vaciló en quebrantar su consigna.

—¿Y qué quiere su merced que le diga?

—Díla que la busca su primo el Padre Alfonso.

—Voy corriendo; pase mientras su merced.

Comenzaba á sentirse ya el rumor de la gente que se iba acercando.

El Padre temblaba, porque creia que el lacayo no llegaba á tiempo.

Pero de repente la puerta se abrió, y Doña Esperanza, pálida y vestida de negro, entró y se arrojó llorando en los brazos de su primo.

—Sabe ya todo—pensó el Padre: y luego en voz alta,

dijo á Esperanza:—prima mia, habeis sido mi hermana; vengo á acompañaros en vuestra desgracia, y á procurar calmar vuestra pena, si es posible.

—Primo mio, mi mal es tan grande, mi desgracia tanta, que creo que no hay para mí consuelo sobre la tierra.

—¡Oh! leo en vuestro corazon, porque conozco vuestra alma.

—Si me comprendeis, compadecedme.

—¿Le amábais mucho?—preguntó el Padre, creyendo que Esperanza sabia la muerte de Don Alonso.

—Mas que á mi misma vida—contestó la jóven, pensando que el Padre aludia á Don Leonel.

—Pero Dios ha querido que no fuérais feliz; conformaos con su divina voluntad.

Esperanza se puso á llorar; la presencia del Padre Alfonso habia abierto de nuevo su herida.

—Conformaos, conformaos; y ya que sois cristiana, rogad por el que esperamos en Dios que le tendrá en su gloria.

—¡Cómo!—exclamó Doña Esperanza levantándose como loca—¡cómo! ¿es decir que ha muerto?

—¿No lo sabíais?—preguntó espantado el Padre Alfonso.

—¡Pero no! no! ¡decidme por Dios! ¿cuándo ha sido esto?

—Perdonadme, Doña Esperanza, si así os he dado la funesta noticia; pero creí que ya sabíais el suceso y que..... no le amábais tanto.

Doña Esperanza lloraba sin consuelo: en la calle se escuchaba el rumor de la inmensa multitud que acompañaba los cadáveres.

—¿Qué es eso?—preguntó Doña Esperanza, levantándose y dirigiéndose á la ventana.

—¡Oh! no salgais, señora! no os asusteis, por Dios! ese espectáculo os causaria la muerte.

El Padre Alfonso detenía á Esperanza, que pugnaba por acercarse á la ventana.

—¿Pero qué es? decidme siquiera.

—Señora, no os alarmeis, porque debe ser su cadáver.

—¡Su cadáver! ¡gran Dios! ¡su cadáver!—y la jóven quiso avanzar, dió un paso y cayó desvanecida en los brazos del Padre Salazar.

Cuando volvió en sí, el fúnebre cortejo habia pasado y se alejaba.

—¡Leonel! ¡Leonel!—exclamó Esperanza.

El Padre Salazar creyó que deliraba, y no contestó.

—Decidme—le preguntó de repente la jóven—¿no me engañais? ¿es verdad que Leonel ha muerto?

—Está como loca—pensó el Padre.

—¡Respondedme en nombre del cielo, señor! ¿Don Leonel ha muerto?

—Señora—dijo el Padre—no os he dicho yo eso.

—¿No me lo habeis dicho? entonces estoy loca: ¿entonces quién ha muerto?

—Señora—contestó el Padre, comprendiendo que habia allí alguna equivocacion—el que ha muerto es vuestro esposo, Don Alonso de Rivera.

El rostro de Doña Esperanza se trasfiguró; la negra nube que oscurecia su semblante, se disipó repentinamente, y sin pensar en que estaba delante de una persona extraña y que el muerto era su mismo marido, cayó de rodillas, y levantando sus ojos y sus manos al cielo, exclamó con un acento profundamente conmovido:

—¡Gracias, Dios mio! ¡gracias!

El Padre la contemplaba absorto, y no se atrevia á interrumpir aquella oracion mental.

Por fin, Doña Esperanza se levantó grave, pero serena; tomando una de las manos de Don Alfonso, le dijo:

—Por Dios, señor; vos habeis sorprendido los secretos de mi corazon, y os ruego que no los descubrais á nadie: yo soy libre ante el mundo ya, como lo era ante Dios, porque ese matrimonio lo habia yo contraido obligada por la fuerza; pero Leonel no debe saber nada de esto, porque no es libre, porque ama á otra, y porque tal vez muy pronto se encuentre enlazado con esa Doña Catalina.

—Os engañais, señora, porque mi hermano no puede amar á esa dama, y ese matrimonio es imposible.

—¿Imposible decís? si yo sé que se aman, si los dos son libres.

—A pesar de todo eso, es imposible.

—¿Pero por qué? decidme.

—Porque Doña Catalina de Armijó, la viuda de Don Pedro de Mejía, es hermana mia y de Leonel; es hija de nuestro mismo padre.

—¿Hermana vuestra?—exclamó la jóven, enderezándose como impulsada por un resorte—¿hermana vuestra?

—Sí, señora; hija de nuestro mismo padre.

—¿Y Leonel lo sabe? ¿lo sabe?

—Sí, señora, lo sabe, porque nuestro mismo padre se lo dijo, y porque se ha confirmado en ello al leer las Memorias de mi tia y vuestra madre, Doña Juana de Carbajal.

—¿Es decir que ya no la ama, que no puede amarla?

—La ama como se ama á una hermana desgraciada, á

una hermana que pronto irá á encerrarse para siempre en un claustro.

—¿Y se acuerda de mí Don Leonel? ¿y os ha hablado de mí?

—Sí, señora, aunque con tristeza, porque le hicieron creer que vos habíais huido del lado de Martin para poder uniros con el que fué vuestro esposo.

—¡Infames! ¿Y quién puede haber dicho semejante calumnia? ¡Oh! ¿y él lo ha creído? ¿y vos no le dijisteis que era eso una maldad, que yo no podia hacer semejante cosa?

—Perdonadme, señora; pero vos comprendereis que yo nada sabia.

—¿Pero él me ama? ¿me ama á mí? decidme la verdad.

—Creo que mas que antes.

—¡Ay, Dios mio! ¡qué feliz soy! libres los dos, me ama! me ama! ¡ah! es preciso que yo le vea, que le hable, que le explique: acompañadme, señor; vamos á verle ahora mismo, inmediatamente.

—No, señora; permitidme que os advierta que en estos momentos, cuando vuestro esposo acaba de morir, cuando la pobre Catalina está sumida en el mas profundo dolor, no debéis ir á la casa de mi hermano; seria causar un escándalo, seria mal visto.....

—Teneis razon; pero yo necesito verle, hablarle, y no me es posible contenerme; temo que algun nuevo incidente, que algun acontecimiento funesto, turbe ese porvenir que ya miro tan bello y tan claro.

—No temais, señora; Dios os ha protegido y os hará feliz, os lo aseguro: además, yo voy por mi hermano, y volveré dentro de poco tiempo.

—¿Qué bueno sois, hermano mio! permitidme que os dé ese nombre.